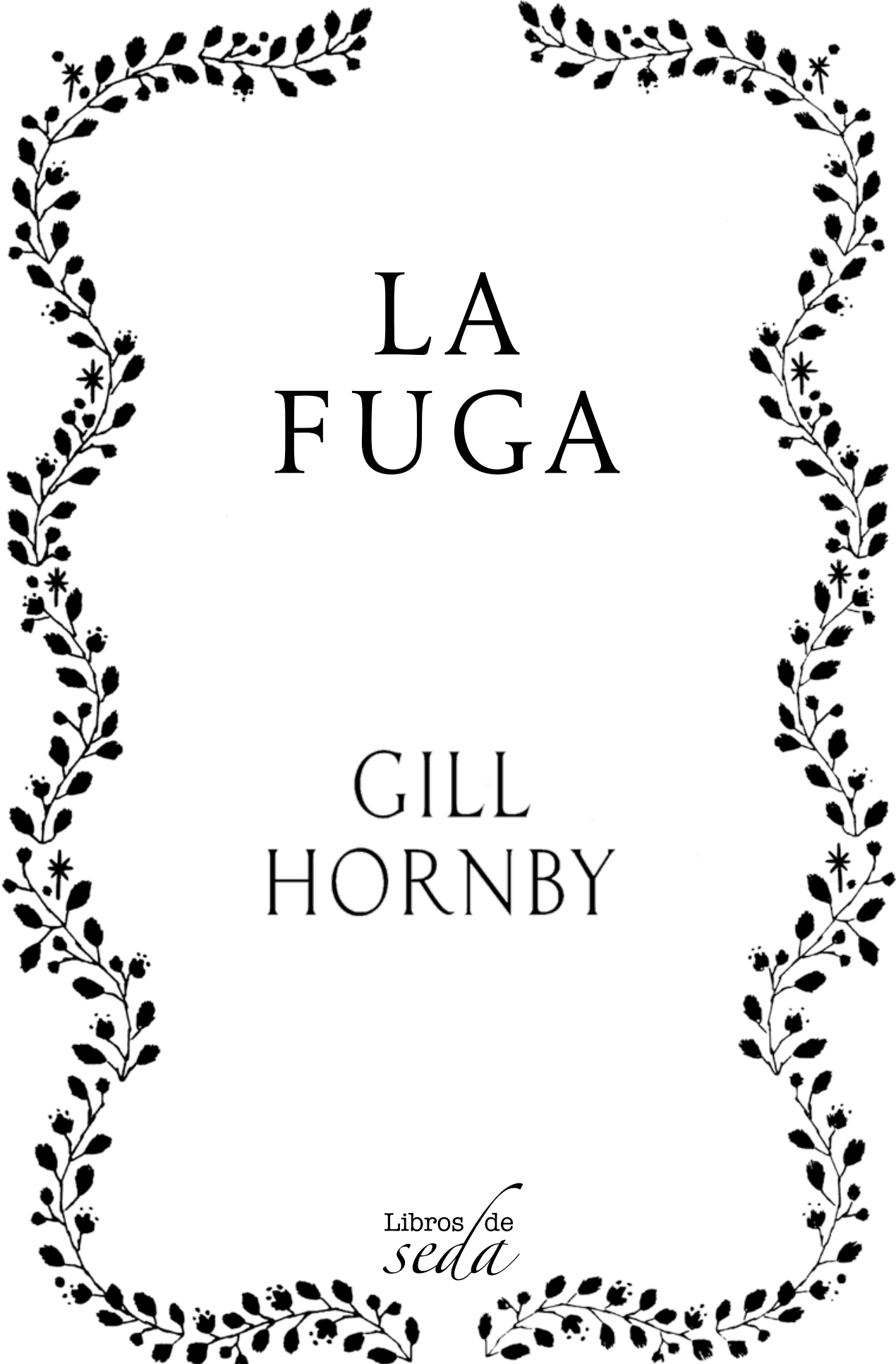




LA FUGA

GILL
HORNBY

Libros de
seda

Para Charlie, Sam y George, con amor

ACLARACIÓN SOBRE LOS NOMBRES



EDWARD AUSTEN, el hermano de Jane, fue adoptado cuando era adolescente por una pareja que no tenía hijos, Thomas y Catherine Knight, y se convirtió en el heredero tanto de Godmersham Park en el condado de Kent como de Chawton, en Hampshire. Al morir Thomas Knight, Edward se encargó de ambas propiedades, pero no fue hasta la muerte de Catherine Knight en 1812 cuando fueron totalmente suyas. En ese mismo año se cambió el nombre, pues estaba obligado a ello según las condiciones del testamento. Desde ese momento pasó a ser conocido como Edward Austen Knight, y decidió que sus 11 hijos se apellidarían solo «Knight». «Cómo echo de menos ser una Austen», escribió su hija mayor, Fanny, en su diario.

Esta novela está basada en la historia real de la familia Knight después de esa época, un periodo en el cual, por una desafortunada coincidencia, tres de los protagonistas comparten el nombre de Edward. Aunque no hay ningún indicio de que la familia usara el diminutivo, me he tomado la libertad, para hacerlo más sencillo, de referirme a Edward Knight II como Ned.

«Dejo en manos de quien corresponda, juzgar si la intención de esta obra es recomendar la tiranía paterna o recompensar la desobediencia filial».

JANE AUSTEN, *La abadía de Northanger*

LAS FAMILIAS



La familia Knight de Godmersham Park

EDWARD AUSTEN KNIGHT, padre viudo y hermano
mayor de Jane

Sus once hijos:

FANNY KNIGHT

EDWARD KNIGHT, NED, el heredero

GEORGE

HENRY

WILLIAM

LIZZIE

MARIANNE

CHARLES

LOUISA

CASSY

BROOK JOHN

El personal de Godmersham

SAYCE, la doncella de Fanny

EL SEÑOR JOHNCOCK, el mayordomo

GILL HORNBY

BOOKER, la doncella de los niños

LA SEÑORA SALKELD, el ama de llaves

SACKREE, CAKEY para los niños, la niñera principal.

La familia Knatchbull de Mersham-le-Hatch

SIR EDWARD KNATCHBULL, padre viudo

LADY BANKS, tía de sir Edward y viuda de sir Joseph Banks,
el distinguido botánico

Los hijos de sir Edward:

MARY DOROTHEA

NORTON

EDWARD (fallecido en 1818)

CHARLES

WYNDHAM

JOHN

La familia Austen de Chawton Cottage

LA SEÑORA AUSTEN, madre de Jane

LA SEÑORITA CASSANDRA AUSTEN, hermana de Jane

PRÓLOGO



EN LA MAÑANA del 25 de mayo del año 1826, la señorita Cassandra Austen se acomodó en la ventana esquinera de su querida casa de Chawton y esperó.

Aunque la luz era perfecta —¡ese año los habían bendecido con un maravilloso tiempo primaveral!— tenía la cabeza demasiado ocupada para trabajar y, como aquel día prometía ser importante, debía reservar sus energías para más tarde. Así que se sentó sin más, algo poco habitual en ella, con las manos entrelazadas en el regazo vacío y la mirada fija en la carretera de Winchester. Sin embargo, como sucede cuando una espera a que hierva el agua para el té, cuanto más miras el hervidor, más sueño te entra.

El chico nuevo de la granja, el hijo menor de los White, le llevó la leche; Cassandra lo saludó, se lo agradeció en silencio y, para no moverse, le indicó que dejara el cubo en la cocina. Diez minutos más tarde, se oyó el golpeteo de unos cascos y aparecieron los primeros remolinos de polvo. Se puso en alerta, pero solo se trataba de una humilde carreta y, por supuesto, no podían ser ellos.

Finalmente, perdió la paciencia y se reprendió a sí misma, preguntándose qué demonios le pasaba. La señorita Austen tenía

fama de no estar nunca ociosa y aún había una pila de prendas que zurcir. Cuando se levantó para recogerla, vio las cartas más recientes amontonadas sobre la mesa y sonrió.

¡En las dos semanas anteriores había recibido más correspondencia que cuando era joven! Incluso el cartero, taciturno por naturaleza, había alzado una ceja al darse cuenta. Al fin, su querido hermano Edward, sus fastidiosas y numerosas cuñadas y, por supuesto, Fanny —pobrecilla, cuánto había sufrido— se habían tomado la molestia de escribirle a menudo.

¿Acaso no estaban, en realidad, intentando imponer ellos la agenda? Después de un suceso así, se crea una historia que arraiga rápidamente y acaba por convertirse en leyenda. Algunos querían ver una tragedia, otros, pocos, preferían un escándalo, aunque ¿no era eso lo típico? Los más sensatos opinaban que convenía sacar el máximo provecho de la situación. Bueno, no le hacía falta que la guiaran, aunque lo agradecía mucho. Era perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones. En realidad, ya lo había hecho.

Se dirigió al costurero, lo llevó otra vez a la ventana y soltó una risa. ¡Ay, nunca hubo una familia como la suya! Aunque su vida no había estado libre de desgracias, en ese momento Cassandra solo podía ver la suerte que había tenido. Examinó una media a la luz, decidió que ya no tenía arreglo, la apartó, segura de que tendría algún otro uso, y tomó la siguiente. Sin duda, su lugar en el margen de esta gran e interminable historia familiar jamás resultó aburrido; aquel no era más que el último capítulo. ¡Las cosas que había hecho esa generación! Era difícil imaginarlo en aquel pequeño mundo de la rectoría de Steventon, en la que los Austen habían comenzado...

Mientras elegía el mejor hilo para un jubón, se produjo un alboroto repentino. Cassandra apretó el puño con fuerza, se inclinó apoyando el rostro en la ventana y... ¡Sí! Era el carruaje con su inconfundible blasón. ¡Debía marcharse de inmediato!

Primero, por supuesto, recogió el costurero —el desorden no le gustaba nada— y subió las escaleras para ver cómo se encontraba su madre. Como siempre, la pobre mujer dormía, pero estaba tranquila. Sus momentos de lucidez eran cada vez más escasos, pero no sentía molestia alguna, lo cual era una bendición, y se podía confiar en la doncella para que la vigilara. Con esas obligaciones cumplidas, volvió a bajar, llegó hasta la puerta, tomó un chal y una capota y se acordó del bastón. Escogió uno de los buenos, no quería caerse precisamente ese día. Con paso rápido y firme, salió a la luz del sol, giró a la derecha y se encaminó hacia la Casa Grande.

La ruta tenía sus dificultades. Había que subir y bajar cuestas y, últimamente, le costaba subirlas. Era cierto que siempre podía encontrar a algún buen hombre en el pueblo que estuviera dispuesto a llevarla en su carreta, pero, en general, prefería estirar las piernas, ya cansadas, mientras pudiera.

Cuando su hermana vivía, se referían a sí mismas como las caminantes más avezadas. Pasó por los campos de heno, cruzó la carretera, alcanzó la cima del largo camino que conducía a la mansión, hasta tener una primera vista de la casa, y se detuvo. Había flores por doquier que salpicaban el paisaje de un verde inmaculado. ¡Qué bonito estaba Chawton!, sobre todo en esa época del año, en el cambio de estación. Eso siempre le hacía pensar en su hermana.

¡Cómo la echaba de menos! Tendrían tanto de que hablar..., sin duda no habrían dejado de hacerlo hasta altas horas de la noche. Sintiendo de nuevo el dolor punzante que le provocaba su ausencia, pues su pérdida era una herida que nunca llegaría a sanar, no pudo evitar preguntarse qué habría pensado Jane de todo aquello.



PRIMERA PARTE



CAPÍTULO 1



FANNY KNIGHT, de Godmersham Park, tenía veintiocho años cuando su vida cambió.

Era la mañana del 30 de agosto de 1820 y bajaba tarde al desayuno después de haber pasado una calurosa hora arreglando el armario de la ropa blanca con la señora Salkeld. Fanny siempre se proponía hacer las tareas más tediosas temprano, y había pocas más aburridas que colocar las fundas de las almohadas con el ama de llaves. Cuando llegó a la mesa, el resto de la familia ya se había ido para cultivar sus diversas aficiones deportivas.

Se acomodó, se sirvió una taza de té y miró a través del gran ventanal. Era la tercera semana de calor infernal e incluso la impecable pradera de Godmersham estaba tan dorada como una galleta. Pensó en los niños más pequeños bajo el intenso sol y la necesidad de que llevaran sombrero. Luego decidió disfrutar de su momento de soledad antes de seguir con las tareas.

Con una mano le dio vueltas al té, mientras con la otra rebuscaba entre el correo de la mañana. Había una carta de Ned: sin duda un relato detallado de algún triunfo ante un pez, un ave de caza o un jugador de críquet de Hampshire. Con su querido hermano, pocas criaturas estaban a salvo. La reservaría para el

final. Se llevó la taza a los labios, vio que la siguiente era de su tía Cassandra, ahogó un pequeño suspiro y la dejó a un lado. Dejó la taza sobre el platillo y escogió algo para comer de lo poco que había sobrado.

La letra del siguiente sobre no le resultó familiar de inmediato. Le dio la vuelta, supuso que el autor era un hombre debido a la fuerza y seguridad de su trazo, y dio un mordisquito en el borde de una magdalena. Seguro que era aburrida, pensó. Sin embargo, debía admitir que sentía algo de curiosidad. Después de todo, una nunca sabía. Y en un hábil juego de equilibrio entre el cuchillo y la magdalena, abrió la carta, ojeó el saludo, los deseos de buena salud y leyó: «Es usted la única persona cuya compañía me hace feliz...».

¡Cielos! Parecía... No, era prácticamente imposible. Y, sin embargo, estaba claro que era eso. ¡Tenía en la mano una declaración de amor! La hoja empezó a temblar. El corazón le latía con fuerza. De nuevo, la invadió la duda: ¡Ay, debía de haberse equivocado! Siguió leyendo rápidamente.

«... y en quien puedo confiar el bienestar de mis hijos...». Notó que el pulso se le desaceleraba. Las palabras «bienestar» e «hijos» no resultaban románticas ni apasionadas. «Confío en que si deposita su confianza en mí, no la defraudaré», concluía.

¿Era eso, en realidad, algo más extraordinario? ¿No podía ser acaso una proposición de matrimonio? La leyó de nuevo. Parecía un poco indirecta y, desde luego, prudente, prudente en extremo. Después de una tercera lectura, pues no era más larga que una nota breve, se vio forzada a admitir que en ningún momento planteaba directamente la pregunta más relevante.

No obstante, bastaron un par de segundos para convencerse de que era una proposición de verdad y, como tal, una maravilla. Y no solo porque era la primera que había recibido en muchos años.

Todo en ella era perfecto. Sí, resultaba más práctica que pasional, pero ¿acaso ella misma no era así? El lenguaje empleado era sensato y serio, pero ¿no era así el santo sacramento del matrimonio? Desde luego, eso es lo que cabría esperar. Y aún encontró una sorprendente virtud más: era una proposición audaz y completamente inesperada.

Sir Edward Knatchbull, el autor de aquellas increíbles palabras, no le era del todo desconocido. Rondaba los cuarenta años y sus familias llevaban generaciones siendo vecinas. Aunque las casas estaban algo apartadas la una de la otra, nadie vivía entre los terrenos de ambas. El viudo había ido a cenar con los Knight algunas semanas antes; por primera vez, se había sentado al lado de Fanny y ambos parecían contentos de haber descubierto en el otro una mente similar y sensata. Entonces, el martes anterior él había llevado a su hija de trece años a hacerles una visita bastante curiosa, pensó Fanny al recordarlo, como si estuviera supervisando los establos para ojear un posible nuevo poni.

Así que no era un completo extraño, pero ni por asomo se podía considerar a sir Edward como su enamorado o incluso como amigo. Entre ellos nunca había existido contacto, mirada ni el más mínimo atisbo de intimidad. Aquella declaración surgía de la nada.

Pero, al mismo tiempo, sabía que era una proposición formal, pues sir Edward era muy conocido por ser un hombre de extrema seriedad. Un hombre de fe cristiana sólida y profunda certeza moral. Aunque era posible que tuviese un lado más frívolo, ella lo dudaba. Nunca se mencionaba su nombre en conversaciones sobre deportes, juegos de entretenimiento o algún tipo de diversión. El mundo parecía sentenciar que sir Edward Knatchbull no se tomaba las cosas a la ligera.

Por eso a Fanny le pareció tan conmovedor semejante acontecimiento. Tal vez otra joven podría haber pensado que era demasiado

brusco o formal, pero ella no. Si Fanny Knight hubiera sido del tipo de persona propensa al desmayo, que no lo era, se habría desmayado allí mismo, en el comedor.

Durante los últimos tres meses, el verano en Godmersham había ocupado por completo sus pensamientos. La temporada había transcurrido entre partidos de críquet, paseos en barco, baños y carreras; habían recibido visitas y las habían devuelto. Fanny se había empeñado en procurar bienestar a los demás. Y en ese momento descubría que, durante todo ese tiempo, o al menos parte de él, sir Edward Knatchbull había estado pensando en ella.

Desde la muerte de su madre hacía doce largos años, Fanny, que por aquel entonces era solo una niña de apenas quince, se había hecho cargo de Godmersham. Ella era quien planeaba y organizaba las vacaciones, los colegios, los doctores, los dentistas, las listas de invitados, los menús. Era la mente oculta que late en el corazón de cada familia, a menudo inadvertida hasta que desaparece. Había pasado la mitad de su juventud tras el escenario doméstico y había dedicado cada hora a hacer que la vida de los demás transcurriera sin problemas. El bienestar de su querido padre, de sus diez hermanos pequeños y de los diecinueve criados siempre era su prioridad. Por mucho que lo intentara, nunca podría deshacerse de la sensación de que cualquier inseguridad que ellos pudieran sentir era culpa de su laxitud y que las desgracias que podían sufrir se debían a sus estúpidos errores.

¡Le causaba vértigo pensar que había una persona en la que nunca había reparado y que parecía albergar el deseo de cuidar de ella! Sir Edward Knatchbull había concebido una idea con astucia, había tomado una decisión y se había lanzado a la acción sin que ella lo supiera ni diera su consentimiento. Estaba ofreciéndose a quitar la carga de responsabilidad que Fanny llevaba

sobre su espalda y a tomar las riendas. ¿Qué importaba si nunca habían sido pareja? ¿Qué importaba si nunca habían compartido un baile o nunca se habían tomado de la mano?

Para ella era lo más romántico del mundo.



El primer instinto de Fanny fue buscar a su padre. Apretando la carta contra su pecho, salió corriendo del comedor, atravesó el pasillo y llamó a la puerta de la biblioteca.

—Ah, sí —respondió él desde dentro. Así que la estaba esperando—. ¡Entra, querida, entra!

El señor Austen Knight permanecía sentado frente a su escritorio, de cara a la puerta, de espaldas a la ventana, y tenía un papel entre las manos. Al avanzar hacia él, Fanny vio que también era de sir Edward Knatchbull.

Su padre la miró por encima de las hojas, su carta era más larga, y alzó una ceja:

—¿Y bien, Fanny?

—¡Ay, padre! —masculló ella, y se dejó caer en el sillón más cercano— ¡Nunca nada me había sorprendido tanto! ¿No está sorprendido?

El hombre sonrió ligeramente. Si se había sorprendido lo más mínimo, lo ocultaba bien.

—Padre, ¿ya lo sabía? —Apoyó las manos en los cojines y se irguió— ¿No es la primera noticia que tiene del asunto?

El señor Knight tosió, se levantó e hizo el amago de deambular antes de dudar y volver a sentarse rápidamente. Su hija percibió que estaba nervioso.

—Fanny, tal vez si echas la vista atrás —respondió, mientras jugueteaba con el tapete del escritorio—, recordarás la reciente y agradable cena con sir Edward Knatchbull.

—Por supuesto, padre. ¡Fue hace solo un mes! —Como si no estuviera ya lo bastante alterada, comenzó a impacientarse.

—Así es. —De repente parecía imprescindible que el lado izquierdo del tapete estuviese en perpendicular al tintero—. Entonces ahora puedo confesar que el plan surgió tras un agradable encuentro que tuve con el... eh... el caballero en cuestión.

—¿De verdad? —Fanny se sintió bastante ofendida. Después de todo, ella era el cerebro de la familia— ¿Y puedo preguntar dónde tuvo lugar este encuentro?

El señor Knight alzó la mirada con la expresión avergonzada de un niño que admite una fechoría.

—En Canterbury —respondió con un tono abatido—. En las últimas sesiones trimestrales del tribunal. —Se aclaró la garganta—. Como sabrás, ya han pasado seis años desde que sir Edward enviudó y afrontó, con valor, el papel de único y abnegado progenitor de sus muy queridos hijos. Al haber vivido la misma experiencia, sé muy bien lo solitaria y difícil que puede resultar una situación así.

Fanny se puso rígida. Había supuesto que la imaculada atención y la preocupación que había mostrado hacia su padre habían sido suficiente, más que suficiente, para él. Que ahora dejara entender lo contrario, tras tantos años de dedicación... Apenas podía contener las lágrimas. La confesión le pareció horriblemente triste y, al mismo tiempo, una gran ofensa personal. Como solían decir en la guardería: lo había hecho lo mejor que podía.

Su padre bajó la mirada, como sopesando si era el tintero lo que estaba fuera de lugar.

—Por supuesto, con la muerte de su padre, la situación ha cambiado. Sir Edward ha asumido el título de *baronet*, se va a mudar a la residencia familiar en Mersham-le-Hatch y, cuando la Cámara vuelva a reunirse, él se convertirá, por derecho, por

necesidad y como es natural, en el próximo miembro del Parlamento por la región de East Kent.

Vaya. Una vez aclaradas las causas de la proposición, la idea del romance empezó a desvanecerse. Fanny no podía evitar sentirse un poco humillada. Recuperó su habitual pragmatismo; recobró la compostura, se levantó del sillón y comenzó a pasear por la biblioteca.

—Así que habrá más responsabilidades en la finca de las que sir Edward solía tener. —Fanny era consciente de su tono irónico, pero pensó que la situación lo requería—. He escuchado que Hatch es una casa bonita. Creo que fue el primer encargo privado que Robert Adam completó.

Se volvió hacia las estanterías, deslizó un dedo largo y delicado por los lomos de los libros y, con un gesto casual, le preguntó por encima del hombro si la finca tenía mucho terreno.

Su padre parecía un poco sorprendido por el cambio de actitud.

—Desde luego es considerable, aunque me temo que en este momento no puedo precisar la superficie exacta.

—No importa. —Con un rápido movimiento de muselina, Fanny regresó al sillón—. Bien, los niños. —Descansó las manos en el regazo y observó fijamente a su padre. Al entrar a la biblioteca, tenía las mejillas acaloradas, pero ahora había recuperado su frescura natural—. He tenido el placer de conocer a su hija mayor, Mary Dorothea, una niña encantadora. A decir verdad, nunca había conocido a una muchacha tan dispuesta a agradar.

En aquel momento, a Fanny le había desconcertado. Por supuesto, una desea que los niños sean dóciles y corteses; estaba bastante segura de haber educado a sus propios hermanos para que lo fuesen. Sin embargo, un poco de personalidad, incluso descaro dentro de lo razonable, añadía encanto a los pequeños. Pero había algo en el impoluto comportamiento de Mary Dorothea que la había incomodado... Al observar a aquella criatura sencilla

y sin color, mirándola a los ojos y tal vez esperando vislumbrar su alma, no había encontrado nada más que su propio reflejo. Pero, por supuesto, estaba siendo ridícula. No había duda de que la niña estaba nerviosa y podría mejorar con el tiempo.

—Y el resto son chicos, ¿cierto?

—Eran cinco hijos cuando su esposa murió; ahora solo quedan cuatro.

—Es una lástima. —Reconoció la pérdida con un leve y sombrío asentimiento, antes de continuar—: Entonces, teniendo todo en cuenta, entiendo que sir Edward Knatchbull está muy interesado en encontrar esposa.

—¡Ay, mi querida niña! —El señor Knight se levantó, se acercó al sillón, se apoyó a medias sobre uno de sus brazos y tomó las manos de su hija—. Me temo que me he equivocado y os he perjudicado a ti y a sir Edward. Sí, si se casa ahora otra vez sería por su bien y el de su familia. Pero al mismo tiempo, es una casualidad...

—¡Y una conveniencia! —interrumpió Fanny.

—No se puede discutir que es conveniente —cedió él—, pero no debemos dejar que eso nos distraiga del hecho de que tú, señorita Frances Knight, has conquistado su corazón. Sir Edward te vio por primera vez el verano pasado, en las carreras de Canterbury y, luego, en el Fountain, en Año Nuevo. La cena que tuvimos aquí en julio tuvo más éxito de lo que puedes imaginar. Sí, sir Edward quiere casarse, pero también desea profundamente que tú seas su esposa. Ambas cosas son ciertas y aquí —señaló la carta que Fanny tenía en la mano—, está la prueba.

»—Lo único que queda por saber ahora, querida, es tu respuesta. —Le levantó el mentón y la miró a los ojos.